

Germania.

101. En Alemania misma, según San Ireneo, los cristianos tampoco escaseaban, sobre todo en las comarcas del Rin y del Danubio. El país que se extendía desde los Alpes hasta el último río, había sido sujeto al imperio romano por Druso y Tiberio con los nombres de Rhetia, Nórica y Panonia. Las regiones situadas sobre la ribera occidental del Rin estaban divididas en Germania Superior é Inferior. Pronto hubo allí numerosas colonias romanas, y levantáronse ciudades florecientes como Maguncia, Colonia, Tréveris, y en las regiones danubianas Windisch (Argovia) y Augsburg.

En 313 y 314, hallamos á los Obispos Materno de Colonia y Groecio de Tréveris. Las Iglesias de Maguncia, Spira, Metz, Tongres y Strasburgo, son ciertamente muy antiguas. En Petau, ciudad de Panonia, sobre el Drave (Pettat en Stiria), el Obispo Victoriano fué martirizado en 303. Sirmio, sobre la ribera izquierda del Drave, fué pronto una importante plaza fuerte y una célebre Iglesia cristiana. Numerosas relaciones se establecieron desde allí con la Iliria griega y romana y con las ciudades de Macedonia y Grecia. En el cuarto siglo, Sirmio, cuyo primer Obispo fue probablemente Andrónico ¹, era un importante obispado. Scisiscia (Sisseck) se gloria de haber tenido por Obispo á San Quirino. Maximiliano era honrado como Apóstol de la Nórica, y San Florianó como mártir de Lorch (304).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 101.

Iron., I, 18; III, 4; Tertul., loc. cit.; Arnob., Contra Gent., I, 6; Friedrich, I, p. 55 y sig.; Victoria, Hier., Ep. xlix ad Paulin.; Catal., cap. lxxiv; Optat., De schism. Don., I, 9; Sirmio, véase Dubik, Mæhrens allg. Gesch. Brünn, 1860, I, 187 y sig.; Maximiliano, véase Friedrich, I, 203-206; San Florianó, Acta sanct., Mayo, I, 461.

§ 5.º Causas y obstáculos de la propagación del Cristianismo.

Causas de su propagación.

102. Pueden señalarse á la propagación del Cristianismo causas internas y externas. Citáremos entre las primeras: 1.º, la fuerza interior de la verdad en sí misma, y el carácter positivo de su doctrina, accesible á todos; 2.º, las pruebas de su virtud divina suministradas

¹ Rom., xvi, 7.

por los milagros y los dones del Espíritu Santo; 3.º, la vida edificante de los fieles, cuyas costumbres eran el espejo de su doctrina, su caridad fraterna, su castidad; 4.º, la serenidad, convicción y heroísmo con que los mártires profesaban su creencia; 5.º, el celo universal que los fieles y hasta las mujeres desplegaban para propagar su fe, y el que los esclavos preceptores ponían en convertir á sus discípulos; 6.º, el carácter sublime del Cristianismo, que elevándolo sobre particularidades nacionales y formas exteriores, le permitía adaptarse á todas las condiciones sociales, transformar y ennoblecer al mundo, y satisfacer todas las necesidades del entendimiento y del corazón; 7.º, la tolerancia de que fué objeto al principio por parte de las autoridades romanas, y más tarde; 8.º, el sincretismo de algunos emperadores; 9.º, la facilidad de relaciones que había entónces en el imperio romano; 10, el uso universal de la lengua griega; 11, lo calamitoso de los tiempos, y el deseo de una vida divina inaccesible á las tribulaciones de la vida corporal; 12, la inclinación que resultaba de esto á los cultos extranjeró; 13, los restos de las antiguas tradiciones y profecías; 14, la depuración progresiva del politeísmo por ideas morales más nobles y aproximadas al monoteísmo; 15, la preparación de los paganos por los mejores filósofos; 16, los numerosos puntos de contacto que existían para los judíos entre el Cristianismo y el Mosaismo, y las disposiciones favorables de los prosélitos de la Puerta y de los judíos helenizantes; 17, las mujeres y los esclavos libertados del yugo que pesaba sobre ellos; 18, los testimonios que los paganos ávidos de verdad daban de la inocencia de los cristianos; 19, el tratamiento ménos riguroso que los fieles experimentaron de parte de algunos emperadores (Antonino Pio, Alejandro Severo, Filipo el Árabe); 20, los efectos producidos por las grandes apologías cristianas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 102.

1.º Tertul., Apolog., cap. x, xvii, xlvi, l; De testim. animæ; Justin., Dial., cap. vii; Apol., I, 14, 16; Ep. ad Diognet., cap. vii; Atenágoras, Legat., cap. xi; Iren., III, iv, 1 et seq.; Ciprian., Ep. ad Donat. — 2.º Iren., II, 31, 32, 57; Tertul., Apol., cap. xx, xxi, xxiii; De spectac., cap. xxix; De anima, cap. xlvii; Justin., Apol., II, Dial., cap. xi, xxxix, lxxxv et seq., cxxi; Pap., ap. Euseb., III, 39; Clem., Strom., VI, 15, 28; Orig., Contra Cels., I, 2, 10, 22, 46, 49; II, 21, 28; III, 24, 28; Const. ap. VIII, 1; Lactancio, Inst., V, 23. — 3.º Ep. ap. Diogn.; cap. v; Atenágoras, Leg., cap. xi, xii, xxiii; Justin., Apol., I, 14, 15, 57; Minucio Félix, cap. ix; Tertuliano, Apol., cap. i et seq.; 39, 42; Ad Scap., cap. i; Orig., Contra Cels., I, 26, 43; III, 29; Cypr., Ad Demetr., cap. xxv; Lactanc., III, 26; Euseb., Præp. ev., I, 4; Sozom., Hist. eccl., V, 16. — 4.º Minucio Félix, cap. xxxvii, xxxviii; Justin., Apol., I, 25, 45; II, 12; Dial., cap. xxxv, cviii, cx, cxix, cxxxiii, cxliii; Tertul., Apol., cap. l; Orig., loc. cit., VII, 39; Lactanc., V, 13. —

5.º Justin., Dial., cap. viii; Euseb., III, 37; Tertul., Apol., cap. xlvii; Orig., loc. cit., III, 10, 50, 52 et seq. — 6.º Tertul., loc. cit., De test. anim. Voy. Néander, I, p. 38 y sig. — 7.º Voy. más arriba, § 51. — 8.º §§ 54, 65. — 9.º Orig., Contra Cels., II, 39; III, 9; Euseb., Dem. ev., III, 6. — 10. Ciceron, Pro Archia poeta, cap. x; Plutarch., Or. I de Alex. virtute et fortuna, cap. vi, x. Comp. Hug. Einleit. in das N. T., t. II, p. 31 y sig., 3.ª ed. — 11. Néander, I, p. 6 y sig. — 12. Plutarch., De superstit., cap. xxxiii, más arriba B, 32. — 13. Más arriba B, § 35. — 14. §§ 83, 84. — 15. Justin., Apol., I, 18 et seq., 24, 44, 46, 59 et seq.; II, 10, 13; Atenagoras, Leg., cap. v, vi; Minucio Félix, cap. xix, xx; Clem., Strom., I, 1 et seq., 12, 15; V, 3, 12; VI, 10, 17; Orig., Contra Cels., VII, 46. Véase Chr.-A. Pescheck, *Στα τὸν ἀλλόθρονον* apud Romanos, Lips., 1848, y su artículo en *Riederns Ztschr. f. hist. Theol.*, 1848, III, p. 422 y sig. — 16. Justin., Dial. contra Tryph.; Tertull., Adv. Jud. Apol., cap. xviii et seq.; Theofil., III, 17 et seq.; Clem., Paedag., I, 7; Orig., Contra Cels., I, 14-18; II, 1 et seq.; Cyr., Testim., libri III; Lactancio, Inst., IV, 17. Sobre los prosélitos de la puerta, Néander, p. 37 b, más arriba B, 53. — 17. B, § 33. — 18. Plinio, lib. X, ep. xcvi, más arriba § 65. — 19. §§ 57, 75. — 20. Véase Orsi, *Storia eccl.*, lib. V, cap. xxi; t. II, p. 337.

Obstáculos para la propagación del Cristianismo.

103. Si las fuerzas atractivas eran grandes, no menores eran las repulsivas. Numerosos obstáculos contrariaban la expansión del Cristianismo, porque todo lo que tiende á la mejora del hombre encuentra dificultades. Estas eran sobre todo: 1.º Preocupaciones inveteradas, y una tenaz incredulidad; el espanto que experimenta la razón ante doctrinas que superan á sus fuerzas y exigen el sacrificio; la repugnancia á someterse « ciegame, » como se decía, á dogmas incomprensibles; las alteraciones de que eran objeto ciertas verdades cristianas. 2.º Los prodigios, que los oráculos que los paganos oponían á los milagros del Cristianismo, que ellos intentaban explicar por las artes de la magia. Rehusaban entrar en el exámen detallado del Cristianismo, cuya simplicidad les escandalizaba, y trataban de explicarlo todo por el goetismo y el fanatismo. 3.º La conducta santa é irreprochable de los fieles no producía efecto en la multitud; confundiendo á los católicos con los herejes, oponían á los primeros las torpezas de algunas sectas gnósticas; se aprovechaban de las divisiones existentes entre los cristianos, y sus más nobles acciones eran atribuídas á mala parte, por lo ménos en los motivos que las impulsaban. A muchos, en fin, espantaba el rigor de la moral cristiana.

4.º Al mismo tiempo que se oponía á los mártires la constancia de los filósofos, y sobre todo de los estoícos, se gritaba contra el mártirio, considerándolo como fanatismo y desprecio ciego de la muerte. Los sacrificios contribuían á irritar el furor de los pueblos, y el horror que los hombres amantes de placeres experimentaban ante toda especie de peligro y de persecución, les apartaba de los cristianos, les impedía

abrazar su doctrina y aún examinarla. 5.º El celo de los cristianos por obrar conversiones chocaba con un sensualismo grosero, con las sutilezas del escepticismo, con los intereses materiales de las diversas clases, y sobre todo con las de sacerdotes, artistas, estatuarios, mercaderes y artesanos. 6.º La tendencia universal del Cristianismo era contrariada por las ideas nacionales de los judíos griegos y romanos, por el odio del antiguo mundo contra los bárbaros, y por el empeño de mantener un sistema egoísta y antidivino. La religión de la Cruz, escándalo para los judíos, locura para los gentiles¹, chocaba con las ideas y costumbres reinantes; no se podía comprender que la multitud fuese llamada á « filosofar; » que hombres extranjeros, incultos, esclavos, hubiesen de poseer los mismos conocimientos religiosos que los indígenas, sabios y hombres libres. 7.º Si al principio los cristianos, mirados como una secta judía, habían permanecido ignorados, el desprecio que se sentía hacía todo lo que tuviese origen judío y bárbaro, hacía la pobreza y falta de cultura de gran número de fieles, cosas todas contrarias á las tendencias aristocráticas del mundo antiguo, perjudicaba á la causa del Cristianismo.

8.º El sincretismo puesto en práctica por muchos emperadores fué más favorable á las sectas que á la Iglesia; la noción del Cristianismo estaba en él oscurecida, se confundía la verdad con la mentira, y no se la apreciaba en su justo valor. 9.º La unidad del imperio ofrecía sin duda numerosas ventajas, pero traía también en el Estado romano la mezcla de la religión y de la política. Introducía una religión del Estado, y como el Cristianismo parecía comprometer al Estado mismo, la persecución de los cristianos se hallaba justificada en apariencias y hasta fomentada.

10. La propagación de la lengua griega acrecentaba la influencia corruptora de la literatura pagana, sobre todo en la educación. No solamente la grosería de las costumbres, sino también la refinada cultura del panteísmo y materialismo en el mundo antiguo, su poesía, su mitología, su política, las ciencias y las artes eran extrañas y hasta hostiles al Cristianismo; todas las pasiones, escoltadas por un ejército de sofismas, se volvían contra él.

11. A pesar de la miseria de los tiempos, deslumbraba á muchos la brillantez del culto politeísta, de los templos y los altares de las divinidades visibles, y se decía á los cristianos: « Mostradnos vuestro Dios. » Mientras que unos se entregaban á las más groseras supersticiones, otros caían en inevitable incredulidad, y se sumergían en la noche de la

¹ I Cor., I, 23.

desesperacion. Estos males se atribuyeron más tarde al Cristianismo. 12. La inclinacion de muchos á los cultos extranjeros, *sacra peregrina*, era contrariada en otros por la adhesion á la religion hereditaria, á la que habia levantado á tanta altura la fortuna de los romanos; estaba paralizada por la supersticion, por el genio receloso del despotismo, y por todas las aberraciones del fanatismo que la obstinacion y el amor propio fortificaban.

Mientras que los demás cultos se acomodaban al antiguo, el Cristianismo le desafiaba con su derecho «intolerante» de ser el único, verdadero y legítimo culto. 13. Las antiguas tradiciones de la humanidad, pasando por diferentes canales, se habian desnaturalizado y debilitado, é interpretadas tambien diversamente las profecías, no se cesaba en forjar nuevos y falsos oráculos para sobreexcitar la muchedumbre.

14. Habiendo sido depurado en algunas cosas el paganismo, comprendiase ménos la necesidad de una religion nueva; se creia encontrar la misma verdad, las mismas ventajas con más graciosas formas entre los filósofos de la antigüedad; se sostenia tambien que Jesucristo y sus discipulos habian acudido á esta fuente. 15. Era sobre todo muy difícil domar el orgullo desmesurado de los filósofos y su pasion por la vida muelle. 16. La conviccion general de que el judaismo era la verdad absoluta é inmutable, las falsas ideas que se formaban del Mesías, los odios de partido, el descontento causado por la adopcion de los samaritanos en la Iglesia, el rabinismo, y por último las especulaciones soñadoras y fantásticas de los judíos helenizantes, amenazaban á la pureza de la fé.

17. Atrayendo hácia sí y rehabilitando á las mujeres y á los esclavos, dió ocasion el Cristianismo á la opinion de que sólo ganaba para sí a hombres sin mérito, despreciables é incultos, de que preparaba una peligrosa trasformacion y de que perjudicaba á la soberania universal del Estado romano.

18. Apelábase contra los cristianos á testimonios falsos arrancados á los esclavos por la fuerza de los tormentos; se sospechaba de los testimonios dados en su favor, y era mayor la credulidad que se prestaba á las calumnias que á cuanto se dijera para atenuarlas.

19. Nada más grave que los crímenes imputados á los cristianos: ateísmo, alta traicion, fanatismo, festines de Thyestes, incesto; eran los autores de todos los males que asolaban el universo; adoraban una cruz, un asno, etc. Se creía tambien con mayor facilidad que los cristianos procuraban sustraer las prácticas del nuevo culto á las miradas de los paganos. 20. Las apologías, á pesar de las cosas excelentes que contenian, no hallaban acceso sino en ánimos exentos de preocu-

paciones, y que sabian deshacer los encantos de la mentira. Los sabios del paganismo no despreciaban medio alguno para batir en brecha á la doctrina nueva: fuera de la ciencia, la sátira ó el sarcasmo, tenian á su servicio las artes, gran número de recursos exteriores, el favor de los grandes, y ademas eran apoyados por todo el poderío de las pasiones humanas. Odiábase en los cristianos una sola cosa: la verdad!

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 103.

1.º Cæcil., ap. Minut. Fel., cap. iii et seq.; Orig., Contra Cels., I, 7; IV, 1 seq.; V, 1 et seq.; Lact., IV, 6.—2.º Cels., ap. Orig., I, 6; Cæcil., loc. cit., cap. vii.—3.º Cæcil., loc. cit., cap. viii, ix, xii; Orig., loc. cit., III, 10; VI, 53; VII, 41; VIII, 21; Tertul., Apol., cap. xxxix; De spectac., cap. ii.—4.º Tertul., Apol., cap. i. Los cristianos eran considerados como pobres fanáticos por Marco Aurelio, Monol., XI, 3; Arrian., Diatr., IV, 1.—Plinio, loc. cit., hablaba en ellos «pervicaciam et inflexibilem obstinationem».—5.º Neander, I, p. 51. Sobre los escultores y fundidores de cera. Plut., De superst., cap. vi.—Odio á los bárbaros, Platon, V, 470; Demóst., Adv. Mid., xl. Cf. Minuc. Félix, cap. xiii; Cels., ap. Orig., I, 7; VIII, 72.—7.º Cels., loc. cit., I, 2; VI, 1, 20.—8.º Los paganos y judíos encontraban con frecuencia en la diversidad de sectas un argumento contra el Cristianismo; Cels., loc. cit., III, 10; V, 63; Clem., Strom., VII, p. 753, ed. Paris, 1641.—9.º Véase más arriba, § 65. Tertul., Apol., cap. x: «Sacrilegi et majestatis rei convenimur; summa hæc causa, imo tota est.» Cf. cap. iv et seq., xxxviii; Minut. Félix, cap. iv, vii; Cels., loc. cit., I, 1; Arnob., IV, 34; B., § 28; Séneca, Ep. cviii; Mæcen., ap. Dion. Cass., III, xxxvi; Tacit., Ann., II, 85; Cic., De leg., II, 8; Act., xvi, 21; Paul. Sent., lib. V, xxix, i; xxxviii, 18.—10.º Cf. Minut. Félix, cap. xxiii, xxiv.—11.º Minut. Félix, cap. x; Orígenes, L. c., VIII, 17, 62 et seq.; cap. xxiii, xxiv.—12.º Orígenes, Contra Cels., V, 35 et seq.; Minut. Félix, cap. vi, viii.—13.º Justin., Apol., I, cap. xx, más arriba § 73.—14.º Orígenes, loc. cit., I, 4, 5; V, 65; VI, 1, 15; VII, 41 et seq., 58, 61; Aug., De civ. Dei, XIX, xxiii; De doctr. chr., II, 28. Neander hace esta justa observacion: «Las ideas que son más á propósito para servir de preparacion á un orden de cosas pueden muy fácilmente caer en el extremo opuesto, queriendo mantener su antiguo punto de vista contra la fuerza del más elevado que se presenta: así vemos al platonismo, aunque fiel al espíritu del antiguo mundo, impregnarse ya de elementos extraños.»—15.º Justino, Apol., I, 18 et seq., 24, 44, 46, 54, 56; II, 10, 13; Clem. Strom., I, 1 et seq., passim. Sobre el estoicismo y platonismo. Neander, p. 10 y sig., 19.—16.º Justin., Dial., Cypr., Test. adv. Jud.; Teofil., III, 17 et seq. Los prosélitos de justicia eran, segun Justino, los más violentos enemigos de los cristianos. Véase Neander, p. 37. Los judíos injuriaban á Jesucristo de mil maneras: le acusaban de ser fruto del adulterio (Cels., loc. cit., I, 28, 42; Tract. Tholetho Jeschuach y Midrasch Coheleth), mientras que rendian homenajes á falsos mesías. Orig., I, 57; Socrat. VII, 38; Nicef. XIV, 40; Malal., Hist. chron., II, p. 181, etc., y en Basnage, Hist. des Juifs.—Orígenes, I, 54 et seq., combatía ya á los que referian los pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento al pueblo judío. Más tarde esta teoria racionalista

fué principalmente propagada por Spinoza y Mendelsohn. El pueblo judío, llegado á la más alta cumbre de perfeccion y poder, es, decían, lo que constituye el Mesías (ideal). En la Edad media se prohibió bajo severas penas calcular la venida del Mesías. Los rabinos desnaturalizaban el sentido de los pasajes bíblicos, y concluyeron por sustituir el Talmud á la Biblia.

El Talmud comprende el Mischnah (*θεσπις*, Just. Novell., 146), que se dice compilado hácia el 220 (ed. Gurenhus, Amst., 1698-1703), y la Gemara de Jerusalem (fin del tercero ó cuarto siglo) y de Babilonia (430-521), ed. Venece, 1520; Viena, 1806. Se le atribuya más valor que á la ley (era el oro comparado con la plata); sin embargo, los caraites le rehusaban todo valor canónico y no admitían tradicion alguna. La Midrasch, que sólo tenía un valor accesorio, fué enriquecida con nuevos comentarios desde el siglo II al XI. Wolf, *Bibl. hebr.*, part. II, p. 379 et seq.; Grätz, *Gesch. der Juden bis zum Abschluss des Talmud*, Berlin, 1832; Zanz, *Gottesdienstl. Vorträge der Juden*, Berlin, 1832. Los hermanos Lehmann, *Die Messiasfrage*, en alemán, Maguncia, 1870.

17. Orígenes, *Contra Cels.*, III, 51 (se ve también allí, c. IX, que gran número de sabios, de hombres ricos y respetables, entraron en la Iglesia).

18. *Wasserschleben*, *De quæst. per torment. apud Romanos*, Berol., 1837, p. 18 et seq., 35, 78 et seq.

19. Atenágoras, cap. III et seq.; Justin, *Apol.*, I, cap. VI, XI et seq., XIV-XVII, XXVII-XXIX, LXI, LXV-LXVII; Teófilo, II, IV, III, I-XVI; Tertul., *Apol.*, cap. VII et seq., XVI, XXXIX et seq., XLII et seq.; ad Nat., I, 7; Minuc. Félix, cap. IX, X, XII; Cipr., ad Demetr.; Arnob., I, I et seq.; Orígenes, loc. cit., III, 14; Kortholt, *Paganus obtrectator*, Kil., 1863. El crucifijo irrisorio hallado en el monte Palatino en 1857, con una cabeza de asno, está descrito extensamente por Garrucci, S. J., *Il Crocif. graffito*, Roma, 1857; F.-X. Kraus, *Das Spottcrucifix vom Palatin und ein neuentdecktes Graffito*, Friburgo, 1872. Las calumnias concernientes al asesinato de niños fueron propagadas principalmente por los judíos. Orig., VI, 28; Tertul., ad Nat., I, 14. Los grandes de Roma consideraban como una «superstición» toda doctrina que se apartaba de la religion del Estado. Tácito, *Ann.*, XI, 15; XIII, 32; Plinio, loc. cit.; Neander, p. 49. — Más arriba, §§ 80 y sig.

Conciliacion.

104. Segun que las circunstancias favorables al Cristianismo se sobreponeían á los obstáculos y fuerzas repulsivas, ó cedían á su influencia, la propagacion exterior de la nueva religion tomaba un aspecto completamente diferente. Sus progresos eran más lentos ó más rápidos. Si comparamos entre sí los diversos agentes que hemos enumerado, se reconocerá, de un modo manifiesto, que sin asistencia particular del cielo no habia esperanza para el Cristianismo; jamás hubiese obtenido el triunfo de que somos testigos. El desenvolvimiento grandioso que notamos en él desde los primeros tiempos, es ya brillante prueba de la institucion divina de la Iglesia, y ofrece numerosos argumentos en favor de su credibilidad. Si la Iglesia hubiese vencido sin milagros, éste hubiese sido el mayor de los milagros; porque el abismo incommensurable que existe (humanamente hablando) entre medios tan débiles é insuficientes, y tan

prodigiosos sucesos, no se podria salvar por causas humanas; fuerzas puramente naturales no serian capaces de producir tales frutos en semejantes circunstancias. La persecucion, que parecia ser la ruina del Cristianismo, fué precisamente la causa de su prosperidad.

La virtud sobrenatural, el poder sobrehumano de la fe se nos revelan en los testigos y confesores de Jesucristo; ellos fueron verdaderamente la sal de la tierra, la luz del mundo; se les reconoció por sus frutos, y se podia decir de ellos: «Lo que el alma es para el cuerpo, son los cristianos para el mundo.» «El alma se extiende á todas las partes del cuerpo¹, y los cristianos están dispersos en todas las ciudades del mundo. El alma está en el cuerpo sin traer de él su origen, y ellos están en el mundo sin ser del mundo. El alma, aunque invisible, habita en el mundo sin ser del mundo. El alma, aunque encerrada en un cuerpo sensible, donde se halla establecida como centinela en una fortaleza; los cristianos son vistos mientras que permanecen en el mundo, pero su culto y religion son invisibles. La carne, sin haber recibido injuria alguna del alma, está con ella en continua guerra, porque el alma pone freno á sus licenciosos movimientos y la impide gozar de la voluptuosidad; el mundo, sin razon alguna, detesta y persigue á los cristianos porque combaten sus inclinaciones criminales. El alma ama al cuerpo porque la combate, busca sus miembros siempre sublevados contra ella; los cristianos sólo tienen sentimientos de amor para aquellos que los agobian con odio. El alma, aunque encerrada en el cuerpo, no deja de sostenerle; los cristianos, aunque cautivos en el mundo, son su fuerza y su apoyo. El alma inmortal reside en una envoltura mortal; los cristianos habitan en medio de cosas pasajeras, y esperan en el cielo un estado inmutable. El alma, contenida por la abstiniencia en la bebida y la comida, se hace más perfecta; los cristianos, perseguidos cada día, se multiplican en los tormentos. Dios les ha colocado en esta situacion y no tienen el derecho de sustraerse á ella.»

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 104.

Orígenes, *Contra Cels.*, I, 3; cf. cap. XXVI, XXVII, XXX et seq.—San Crisóstomo, *Contra Jud.* et gentil.: «Quod Chr. sit Deus,» n.º 13 et seq. (Migne, t. XLVIII, p. 831 et seq.), describe la propagacion de la Iglesia entre tantos obstáculos, y añade: «Si una virtud divina no lo hubiese hecho, todo esto no habria podido comenzar siquiera,» y compara esta palabra de Cristo: *Edificabo Ecclesiam meam*, con el *fiat* de la creacion. San Agustín, *De civ. Dei*, XXII, v, fin.; cf. cap. VII, decía: «Si no se quiere creer en los milagros operados por los Apóstoles, tenemos un milagro que nos basta, y es que el mundo ha podido creer sin milagro.» Este pensamiento ha sido reproducido por Santo Tomás (*Contra gent.*, I, 6), y por Dante (*Inf.*, XXIV, 106).

¹ *Epist. á Diognete.*, c. VI.